

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesucristo – vencedor sobre el pecado, la muerte y el diablo –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 5:1-43)
(10 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Jesucristo – vencedor sobre el pecado, la muerte y el diablo –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 5:1-43)
(10 días)**

Día 1

Mr. 4:35ss; 5:1-9; Dt. 18:9-14

Después de una noche desafiante Jesús y sus discípulos llegaron “al otro lado del mar (lago de Galilea)”. Hasta el momento el Señor había obrado en la Galilea judía, pero ahora están entrando en el área de las diez ciudades (Decápolis), que es tierra pagana. Es notable que los discípulos sólo están en el fondo del informe. A partir del versículo 2 no se los menciona más.

La mirada se dirige enteramente a Jesús y a la miseria desgarradora del gadareno. Qué imagen de horror se nos presenta aquí: ¡amarrado por el fuerte “poder de ocupación” de Satanás, aplastado por la autodestrucción, llevado al repulsivo aislamiento! ¡Se abre un abismo entre la violencia cruda de Satanás y el poderoso poder del Hijo de Dios!

Satanás es la mentira en persona – Jesús la verdad en persona. Satanás es el homicida – Jesús el Salvador de los hombres. ¡Tan infame y brutal (o astuto y falso) actúa el gran enemigo de Dios – Jesús es mayor, Jesús es más fuerte! Pues, “para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1.Jn. 3:8b; lea He. 2:14; Stg. 4:7; 1.P. 5:8-11). Por eso debemos aferrarnos a la verdad:

- ninguno de los lastimados por Satanás no está demasiado golpeado para que Jesús no lo pudiera liberar, salvar y santificar;
- que no debemos jugar con el pecado, para no ofrecer a Satanás lugar de ataque (comp. Ef. 6:11-15);
- que en el trato pastoral con personas endemoniadas no conviene que estemos solos sino que estemos protegidos por la oración de creyentes con autoridad espiritual.

“Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, ... porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:10-12)

Día 2

Mr. 5:6-15; Jn. 8:36

Jesús, desde el comienzo, es el “Dios fuerte” (Is. 9:6). El gadareno “se arrodilló ante él”. De su interior grita el malvado; pero es el grito del vencido. Aunque él denomina a Jesús como “Hijo del Dios Altísimo”, pero no puede apoderarse del Señor. Las fórmulas del conjuro no tienen valor. Porque Jesús decía: “¡Sal de este hombre, espíritu inmundo!”

Jesús no necesita fórmulas, recetas o ceremonias especiales. Su palabra de autoridad es suficiente y tiene gran poder. Al preguntarle por su nombre, Jesús no lo hace por desconocimiento, sino para demostrar, que a Él, el Señor, todo se le tiene que entregar. Nuevamente vemos aquí, que Jesús ya vino como vencedor arrebatándole la presa al enemigo.

Al nombre “legión” se le enfrenta el nombre de Jesús. En un himno dice lo siguiente: “Los demonios se retiran sólo por el poder de este nombre; Él suprime y borra las huellas profundas de la amarga prisión” (H. E. Alexander). Jesús es el Señor en esta dura confrontación con el mal. Esto se nota también porque los demonios tienen que rogar a Jesús (v.10,12) y el Señor les da el permiso (v.13).

El nuevo lugar de “residencia” de los demonios en los cerdos, declara dos aspectos: Lo impuro se asocia con lo impuro. Y lo otro: un demonio aparentemente busca un ser de carne y sangre, aunque sea lo más bajo. Pues en el judaísmo el cerdo significa una “letrina movediza” (Strack-Billerbeck).

Pero aún mucho más importante es la realidad de que Jesús es mayor que el peor y más fuerte enemigo.

El gadareno tenía que vivir día y noche con un poder enemigo, que de un momento a otro mató a dos mil animales. ¡Qué grande es el milagro de la liberación por medio de Jesús!

Para profundizar: lea Lc. 10:17-20; Hch. 4:12; 19:13-20; Fil. 2:9-11.

Día 3

Mr. 5:15-17; Mt. 12:28; Lc. 8:1-3

Cuando Jesús habla con autoridad, cuando libera a personas del poder de Satanás, siempre hay una respuesta positiva (v.18) como también una negativa (v.17). La conmoción de los pastores de cerdos es profunda. ¿Qué es lo que pasó? La salvación ha sucedido y ha sido una salvación sobre todas las expectativas y todo el entendimiento. Ese “hombre de la tumba” es para ellos como uno que ha resucitado de entre los muertos.

Con toda dignidad está sentado allí, ya no está fuera de sí, no se vuelca gritando en la suciedad del suelo. Ya pasó su rebelión contra todo y todos, ya pasó su terrible miseria, la ira atroz, el gemido y la desnudez. “La mirada a este hombre dice todo: este Jesús despreciado es la verdadera fuente del ser humano. Con Él viene la nueva tierra, sin demonios, una tierra sobre la cual se inclina el cielo (Ap. 20:1-8)” (A. Pohl).

Los pastores de los cerdos, por otro lado, no se involucran en la gran obra de Dios. La pérdida del rebaño no les hace buscar a Jesús, sino que corren para informar la desgracia en la ciudad y en el campo. Cuando las acciones de Dios dañan nuestros intereses, la decisión es a menudo negativa (comp. Hch. 16:19; 19:27).

Incluso aquellos, que curiosos se habían juntado con Jesús y el liberado gadareno (v.15), y que habían escuchado el informe de los testigos oculares (v.16), no estaban dispuestos a mantener la relación con Jesús. Lo enviaron fuera de su región. No sabemos cual era la razón.

Aquí nos topamos con el misterio “corazón humano” (lea Jer. 17:9). Uno puede vislumbrar claramente las ataduras pecaminosas en los demás, y ser ciego respecto a los propios enredos del corazón. (Lea Lc. 18:9-14).

El Señor, delante del cual los demonios se tienen que humillar, es capaz de conquistar también los corazones humanos. Pero Jesús no obliga a nadie a seguirle. Él quiere tenernos voluntariamente junto a sí. La pregunta es: ¿qué es realmente importante para nosotros?

Día 4

Mr. 5:17-20; Sal. 118:15

Los hombres de la región de Decápolis rogaron a Jesús que se fuera de sus contornos. Ellos no querían que el “Hijo del Altísimo” llegara a permanecer en su vida. En esto son sinceros, sin embargo no quieren enfrentarse a toda la verdad. “Solo la firme conexión con Jesús vence totalmente lo malo en nuestra vida” (G. Maier).

Jesús se vuelve calladamente a la barca (v.18a). Pero, ¡qué sorpresa, hay alguien que está decidido a permanecer junto a Jesús y seguirle: el libertado gadareno! ¿Existirá mayor gozo para Jesús y mejor agradecimiento hacia Dios?

“Mas Jesús no se lo permitió”, que el hombre lo acompañe en su siguiente tramo del camino. ¿Por qué?

Tengamos en cuenta, que el tiempo en el que los gentiles llegaran al círculo de los discípulos del Señor, aún no había llegado.

Jesús, en el tiempo de Su obrar en la tierra, una y otra vez ayudó a personas no-judías, y encontró entre ellos verdaderos creyentes (Mt. 8:5-13; Jn. 4:39-42), por eso tuvo que reprochar varias veces la incredulidad en Israel (por ejemplo Mt. 23:37-39). Pero lo esencial de Su misión consistía en su propio pueblo. Por eso Jesús decía claramente a aquella madre cananea: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt. 15:24; comp. Mt. 10:5,6).

Recién el sufrimiento y la muerte del Señor abría la puerta hacia todos los pueblos: lea Is. 42:1-7; Mr. 16:15,16,20; Ef. 2:14-18.

Nuestro hombre de la zona de Decápolis recibe la tarea de testificar a sus conciudadanos la grandeza y la misericordia de Dios, las que él mismo había experimentado: ¡Vive un Dios que quiere rescatar el mundo del caos y quiere libertar a su criatura de la esclavitud y de la muerte! A esta soberanía y este poder de Dios lo encontramos en Jesucristo el vencedor.

Día 5

Mr. 5:21-24; Is. 38:17

Jesús está de nuevo con sus compatriotas en la vida cotidiana normal en la zona de Capernaum. Un sinnúmero de personas lo rodean. Entonces se le acerca una de las personas más respetadas del lugar. Se arrodilla ante el Señor en el polvo de la calle y le ruega por la vida de su hija moribunda.

Para poder entender correctamente los acontecimientos, debemos incluir la tradición judía, que interpretaba la muerte de un niño como un castigo de Dios para los padres. El hombre, que en su posición no estaba acostumbrado a que alguien lo cuestionara, de repente se encontró con la ira de Dios y su posición quebrada.

Ahora está postrado -visible ante los ojos de todos- delante de Jesús. En su profunda angustia había abandonado sus prejuicios, su orgullo y su arraigada y piadosa manera de pensar y se había decidido por Jesús.

Nuestro texto lo valora como un verdadero paso de fe. Esto demuestra especialmente por la súplica del padre: “¡Ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá!” (v.23).

Sanarse, sí, pero ¿sanidad sola? ¡No! No se refiere solo a la salud corporal, sino a la salvación. (Lea Gn. 49:18; Sal. 98:1-3; Lc. 5:24.)

El padre pide por la salvación de su hija del juicio de Dios, esto es el aspecto importante. Algo mayor no pueden pedir a Jesús los padres por sus hijos, tanto sanos y enfermos. No existe algo más hermoso que cuando un hombre, incluso uno destacado, confía incondicionalmente a Aquel que da la salvación (lea Ap. 21:6,7; 22:17b).

Esta es la más profunda y verdadera salvación, la que cada ser humano necesita para su existencia en la tierra.

Jairo sabía y creía: Jesús puede sanar y Jesús también puede salvar (comp. Hch. 4:12; Is. 53:5; Tit. 3:4-7). Y el Señor “fue con él”.

Día 6

Mr. 5:24-30; Éx. 15:26

Cualquiera de los oyentes alrededor de Jesús habría pensado, que Jesús lo más pronto posible se dirigiría junto con Jairo hacia la casa, donde estaba la niña moribunda.

También nosotros podemos llevar a nuestros enfermos a Jesús: a los ancianos, discapacitados y a los moribundos. ¡No los dejéis solos! ¡Quedaos con ellos! ¡Orad con ellos y por ellos, callada o audiblemente! A veces es bueno decir una palabra de consuelo, pero a veces es importante escuchar “solo” con empatía y atención. (Comp. Pr. 20:12; Is. 50:4; 2.Co. 1:3,4.) Lo importante es que estemos allí.

Ahora vemos a Jesús y a Jairo camino a Capernaum, seguidos de una gran multitud de gente. El tiempo corre, la tarea es grande. Y entonces hay una “interrupción”. Eso pueden pensar los hombres, pero no nuestro Señor.

Jesús se deja interrumpir, aunque lleva el urgente pedido de Jairo sobre su corazón y sabe acerca del estado de la niña moribunda.

En todo Jesús vive en íntima conexión con su Padre celestial. Él no estaba obsesionado de poder dar por terminado un trabajo tras otro, y menos aún, al tratarse de personas con sus angustias. Jesús se toma el tiempo – también para esta mujer, que justo en este momento le había tocado.

Ella debe haber sido una mujer adinerada, pues solo los ricos podían buscar la ayuda de médicos. Ahora sus riquezas se habían gastado por la razón de su sufrimiento de doce años. Ella ya no daba más, había llegado al final de sus fuerzas, de su dinero, con su esperanza, y quizás también había llegado al final de su autoestima. Ella había soportado muchísimas humillaciones de cualquier tipo. Al haber llegado a la estación del “desánimo” escuchaba de Jesús.

Según Ro. 10:17, la fe viene por el oír (comp. Hch. 4:4). Y entonces su fe entra en acción: la enferma se abre paso, empujando a algunos de la multitud, para llegar a aquel que puede curar a personas quebrantadas (lea Sal. 34:18; 147:3; Is. 42:3; Mi. 7:7).

Día 7

Mr. 5:27-34; Sal. 91:14,15

A la mujer no le ayudó el hecho de agarrar el manto de Jesús, sino el hecho de “agarrarse con fe” del verdadero médico. Ella sabía que su enfermedad crónica no desaparecería por agarrar un pedazo de tela de una persona santa. Esto se demuestra por su pensamiento: “si tocare tan *solamente* su manto, seré salva” (v.28). *Solamente* tocar el borde de su manto – *esto es suficiente*.

Puede ser que para algunos la fe de aquella mujer parezca inmadura o tonta. Pero “Dios puede conectarse también a una fe ‘incorrecta’, con tal que sea sincera y dirigida totalmente a Él. Y la mujer sintió enseguida la curación en su cuerpo. Un terrible azote había sido quitado de ella” (G. Maier).

La mujer se había acercado a Jesús por “detrás”, escondida, pero ella no debía quedarse en lo desconocido.

El Señor había sentido enseguida que un poder curativo había salido de Él, por eso se dio vuelta y dijo: “¿Quién ha tocado mis vestidos?” Jesús saca a la mujer del anonimato. Él trata a cada uno personalmente. Él busca la conversación pastoral, porque sabe que la mujer necesitaba a alguien a quien pueda derramar su corazón. El Señor también sabe, que esto no es fácil.

La mujer estaba temblando y tenía miedo. Pero después hace lo único correcto: ella reconociendo a Jesús como su Señor, le dijo “toda la verdad”.

Delante de Dios no podemos ni debemos tener secretos oscuros. Jesús nos quiere ayudar a ser completamente sinceros. Sea lo que fuere que nos apremie – si fueren preocupaciones, temores o rincones escondidos de pecado – no tenemos que desfallecer por eso (comp. Sal. 32:2-5,7; Jn. 4:16-19,28,29), sino que podemos confesarle todo y entonces “escuchar” su respuesta consoladora: “Hija (hijo), tu fe te ha hecho salva; ¡vé en paz!”

Día 8

Mr. 5:35,36

No lo hemos olvidado, el principal de la sinagoga, con su urgente pedido con el que se había acercado a Jesús. ¿Qué habrá pensado y sentido con esta interrupción en la calle? ¡Cuán nerviosos nos podemos poner y también desanimados, cuando dirigimos nuestro pedido a Jesús, no pasa nada! (Comp. Pr. 13:12a.)

Quizás Jairo dijo en su corazón las oraciones que conocía, o por lo menos algunas frases de ellas: “Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 42:5b; comp. Sal. 25:1-6; 40:12,13,17). Pero quizás Jairo no podía pensar nada, por tanta angustia. Realmente uno se puede desesperar por tanto temor al imaginarse: Jesús puede ayudar, pero podría ser demasiado tarde – ¡demasiado tarde!

“Tu hija ha muerto”. Como un tremendo porrazo debe haber sido esa noticia para Jairo, aunque quizás en su interior ya lo había pensado. Pero aún mucho peor que la noticia de la muerte le afecta la pregunta: “¿para qué molestas más al Maestro?” Lo que significa: “¡Vé a casa, prepara el entierro! – no creas que Jesús aún puede hacer algo. ¡Muerto es muerto!”

¡Qué cruel pueden ser las palabras y pensamientos! ¿Cuántas dudas y cuantos temores, y cuanta soledad en el corazón de otros, pueden haber producido nuestras palabras, dichas a personas que estaban en situaciones desesperadas e impotentes? Muchas veces estamos sobre exigidos, para enfrentar correctamente a situaciones angustiosas. Con más razón es importante saber que: nosotros *podemos molestar* al Maestro. Pues Jesús *tiene* una ayuda en cada caso particular.

Jesús escuchó “lo que se decía”. Él no se metió, no reprochó, sino alentó. Su palabra consoladora: “¡no temas, cree solamente!” protege al débil y levanta la mirada al desesperado y quebrantado hacia el Dios Todopoderoso.

Para nuestro aliento: Lea Sal. 27:1-10.

Día 9

Mr. 5:36-42; Is. 43:1-5a

En nuestro idioma escuchamos muchas veces: “¡no temas, cree solamente!” solo como un mandato. Pero en el sentido bíblico, abarca mucho más. Cuando Dios dice: “¡no temas!”, en realidad es una promesa para nosotros, que revela su gran fidelidad para con nosotros.

Justo ahora, Jairo, cuando tambalea el suelo debajo de tus pies, Dios está ahí. Él está a tu favor. Tampoco la atroz muerte no te puede separar de su amor. (Lea Ro. 8:35,38,39.)

A esta promesa de fidelidad del Señor Todopoderoso nosotros también podemos abandonarnos, igual que un caminante cansado y exhausto se deja caer en la cama. Esto es lo que significa: “¡cree solamente!”, pues el seguro cuidado de Dios y su ilimitada fidelidad *sostienen*. ¿O, acaso alguna vez nos hemos preocupado si realmente nuestra cama nos sostiene? Sí, la cama nos *sostiene* – aquel que ha sufrido alguna vez un mareo envolvente, aprecia de forma especial su cama. No hay duda, la cama nos sostiene y podemos estar seguros en ella.

Justo ahora, Jairo, cuando te parece ser difícil de creer y preguntas temeroso, si Jesús realmente puede ayudar, puedes confiar en Él completamente. Él te acompaña en el difícil camino a la casa de luto. Es bueno, que Jesús está ahí. Él se propuso grandes cosas. Pero, a los curiosos espectadores les pone un límite con santa seriedad (v.37,40).

Las revelaciones especiales de Dios (v.41,42) no son una función de gala del cielo, sino más bien una clase de apoyo de Dios para gente parálitica en la fe, pero a la vez exigen responsabilidad y decisión. (Comp. Mt. 17:1-8; 2.Co. 12:1-9; y también Mt. 4:3,5,6.)

Hoy nos preguntamos: ¿permite a Jesús a que vea mis debilidades? ¿Puedo hablar con Él acerca de ellas? ¿Qué bloquea mi confianza? ¿Qué palabra consoladora de Él quiero recordar en este día?

Día 10

Mr. 5:38-43; Is. 65:17; 66:13a,22

En varias etnias, por ejemplo también en Alemania, se expresa el llanto y duelo más bien hacia adentro, en cambio en el oriente mucho más hacia afuera. Uno expresa su dolor, incluso lo saca afuera gritando. Jesús no prohíbe la queja y el llanto (comp. Sal. 18:4-6; Jn. 11:34-36). Tampoco quiere cambiar simplemente con sus palabras (v.39) y su gesto de autoridad (v.40), las costumbres culturales. Entonces, ¿qué quiere el Señor, y por qué actúa así?

Se trata de la comprensión de su persona.

- Jesús, el Hijo del Dios viviente, es la *vida* en persona. “Yo soy la vida” (Jn. 14:6). Por eso, el Señor se niega a rendir homenaje o respeto a la muerte ya que es el peor “enemigo” del hombre.
- Jesús, el Hijo de Dios, es la *resurrección* en persona. “Yo soy la resurrección” (Jn. 11:25). Por eso la muerte es para Él como un corto sueño nocturno. A la mañana siguiente uno se levanta. La noche pasó. Llegó el día.
- Con Jesús, el Hijo de Dios en nuestra vida, la que aún está bajo el dominio de la muerte, tenemos *futuro* y esperanza. Cuando nosotros llegamos al final y en el umbral de la muerte reconocemos nuestra impotencia, viene Jesús y nos hace entrar a Su eterna gloria. Esto nos asegura Su resurrección de los muertos. Jesús es el vencedor de la muerte. “El que tiene a Jesús, tiene la vida” – para siempre (1.Jn. 5:12).

Nosotros necesitamos para nuestras ceremonias fúnebres no muchos esfuerzos, gastos y pompa, necesitamos a *Jesús, el Señor sobre la muerte*. “Jesús, Jesús – nada más que Jesús” (W. Busch).

Él nos sostiene y nos lleva con nuestras debilidades, con nuestra enfermedad, sí, con nuestros dolores y en la hora de la muerte, hacia su gloriosa luz de la resurrección (comp. Is. 60:19; Ap. 21:4,5,23,24).

Para profundizar personalmente: 1.Co. 15:1-4,12-17,20-26.